

F. X. Clavijero 1982: 50). A pesar de las dificultades que ello supone, William C. Massey ha elaborado, a partir de los relatos de los jesuitas, un mapa de distribución de los distintos grupos indígenas de Baja California tal como los misioneros los encontraron (W. C. Massey 1949).

Con todas estas informaciones, se ha empezado una labor de estudio en base a la lingüística encaminada a desentrañar las relaciones culturales de los aborígenes californianos, entre ellos y respecto a los demás pueblos americanos. Según los datos aportados hasta el momento por esta investigación, podemos considerar las lenguas del grupo cochimí como estrechamente relacionadas con la familia yumana, con claras vinculaciones con los grupos de California del Norte y Arizona. Respecto a las lenguas guaicura y pericú, no están tan claras sus divisiones ni filiaciones, ni siquiera su relación, porque mientras para algunos autores son lenguas de una misma familia (W. C. Massey 1949: 303), para otros son lenguas totalmente distintas (M. L. Portilla 1976: 99-100 y 1982: 136); sólo Sapir ha situado, tentativamente, la lengua guaicura en el grupo Hokam-Siouan (citado por W. C. Massey 1947: 345)²¹. Sin embargo, hay que constatar una falta de documentación para toda esta discusión, especialmente en lo referente a los grupos del sur de la península, pues restan por estudiar —y por localizar— muchos vocabularios, libros de misiones y gramáticas que, tras la expulsión de los jesuitas, se dispersaron con ellos por distintos países²².

Así las cosas, entendemos que los grupos cochimí se relacionan lingüísticamente con sus vecinos del norte, pero guaicuras y pericúes, que permanecen de manera marginal en el extremo sur de la península, no ofrecen pistas sobre su origen, sugiriendo a distintos autores que se trata de representantes de una cultura arcaica de América.

Desgraciadamente, los relatos que los jesuitas recogieron respecto al origen que los propios californianos se otorgaban no ayudan a clarificar mucho la situación; según éstos, sus antepasados llegaron del norte, vencidos en una contienda por un pueblo que los iba arrinconando al mediodía (M. Venegas 1944: 69; F. X. Clavijero 1982: 51; M. del Barco 1989: 260) y ciertamente, los misioneros hicieron suya esta opinión, hasta el punto que Juan Jacobo Baegert escribe:

... que una tribu haya inmigrado a California por libre decisión, sin violencia ni presión, me parece inverosímil y hasta imposible de creer [...]. Conforme a esto, mi opinión es que los primeros californianos, perseguidos por sus enemigos, llegaron por tierra a la península desde el norte y que allí encontraron un refugio seguro (J. J. Baegert 1942: 74-75).

Otras observaciones de los misioneros se centraron en los restos de la antigua población californiana: gentes, en su opinión, menos bárbaras cuya existencia dedujeron a partir del descubrimiento del espectacular arte rupestre de las sierras centrales de la península²³ e incluso, de unas excavaciones que realizó el misionero de San Ignacio, Joseph Tothea, en las que encontró unos huesos que interpretó como los restos de una antigua población de gigantes (F. X. Clavijero 1982: 48-49; M. del Barco 1989: 296-298). De esta manera los misioneros del siglo XVIII plantearon las primeras cuestiones acerca del poblamiento de Baja California y de su pasado prehistórico.

²¹ Respecto a la discusión lingüística ver: A. W. North (1908); W. C. Massey (1947 y 1949); M. L. Portilla (1976, 1982 y 1983); M. J. Mixco (1978), así como los datos aportados por los distintos misioneros.

²² El jesuita P. Duerue explicó en una carta que tras su expulsión de América, les hicieron abandonar muchos documentos en La Habana, cosa que hace pensar que muchos restan inéditos (M. León Portilla 1983: 13). Respecto a la documentación existente ver: W. M. Mathes (1983) y H. Aschmann (1986).

²³ Sobre el arte rupestre de las sierras centrales ver, entre otros: C. W. Meighan (1969) E. Hambleton (1979), H. W. Crosby (1984), R. Viñas et alii (1984-85).

Otros aspectos etnográficos

En la literatura misional no faltan las descripciones de objetos, vestimentas y costumbres aborígenes que a los jesuitas llamaron la atención. Si bien en todos los relatos encontramos estas referencias, son especialmente ilustrativas y detallistas en la obra de del Barco.

Gran parte de las descripciones se centran en la vestimenta y ornamentos de los californianos: los tocados de sus cabezas, los faldellines, sus pinturas y marcas corporales (perforación de orejas, nariz, etc). Algunas de estas explicaciones suelen ser bastante completas. Dentro de lo que podemos llamar la cultura material, también se mencionan las herramientas y utensilios fabricados por los aborígenes (los arcos, flechas, redes, cestos, etc), así como sus mamparas para protegerse del viento o algunos cercados de piedra donde habitaban. Evidentemente, todo ello fue aprovechado por los jesuitas para denunciar la falta de pudor y la gran pobreza en que vivían los aborígenes.

En cuanto a la organización política y social, no reconocieron en los indígenas ningún tipo de gobierno, simplemente jefes ocasionales para actos concretos como la caza o una guerra, pero sin una estructura jerárquica concreta. Sin embargo, á veces observamos cómo hablan del «principal» de tal o cual ranchería al que se dirigen de manera especial. El que evidentemente sobresalía en su liderazgo era el «guama», quien cumplía misiones sacerdotales y medicinales y, como ya dijimos anteriormente, presentaba verdadera oposición a la «evangelización». Según los relatos jesuitas, la poligamia se encontraba presente en la península, aunque de manera más evidente y generalizada en las tribus del sur; también recogieron algunos datos sobre cómo se concertaban los matrimonios, la presencia del infanticidio y de la práctica de abortos. Un aspecto confuso referente a las costumbres familiares de los californianos, según los relatos a los que nos referimos, es la presencia de la covada, la costumbre según la cual en el parto es el marido el doliente, y centra la atención de sus convecinos; Venegas relata como cierta esta costumbre, mientras que del Barco manifiesta no haber presenciado nunca nada similar, ni tener noticia alguna de ello. (M. Venegas 1944: 82-83; M. del Barco 1989: 277)²⁴.

Las referencias a la vida doméstica incluyen la observación de que el sustento básico de la familia provenía del producto recolectado por las mujeres que eran, además, las encargadas de cuidar de los hijos; estos productos eran frutos, raíces, semillas... y animales de pequeño tamaño; los varones se encargan de la caza. También se nos cuentan algunas costumbres alimentarias, como la «segunda cosecha» que consiste en separar las semillas de pitahaya²⁵ que se encuentran en las heces humanas para tostarlas y conseguir una harina; el modo de cocinar algunos alimentos; o la práctica de la «maroma», costumbre hallada en pueblos del norte que consiste en engullir un pedazo de carne atada a un cordel de forma que, poco después, se pueda sacar y pasar a otro comensal que repetirá la acción, así hasta que la vianda se consuma. Esto ha sido considerado por algunos autores²⁶, incluidos los propios misioneros, como

²⁴ Los historiadores de Baja California que posteriormente han seguido a del Barco, por ser una fuente de primera mano, han ignorado la cuestión; sin embargo, en las Noticias... redactadas por el dominico Luis Sales, que también estuvo a finales del siglo XVIII en la península como misionero, el autor vuelve a afirmar la existencia de la covada, aunque no confirma si es una referencia a la obra de Venegas, o si comprobó su veracidad personalmente (L. Sales 1960: 38-39).

²⁵ Fruto de un cactus de gran importancia en la alimentación y ritual de los aborígenes de Baja California.

²⁶ Ver al respecto H. Aschmann (1986).

una forma de aprovechamiento de un recurso escaso, si bien es posible que se trate de una forma de comunión alimenticia cuyo significado se nos escapa.

En algunas de las obras de los misioneros se recogen otros datos como la manera de contar, el calendario, o las principales fiestas como la del tiempo de la recolección de la pitahaya o las fiestas en que se reparten entre las mujeres las pieles de los ciervos cazados durante el año²⁷.

Finalmente, también poseemos noticias de la religiosidad de los californianos; en las obras de Venegas, Clavijero, del Barco y otros. Encontramos relatos acerca de las creencias en seres sobrenaturales, sobre algunos mitos, la inmortalidad del alma, animales sagrados, objetos de culto, indumentaria y funciones de los «guamas», sobre el mundo de los muertos, etc; evidentemente se trata de algunas descripciones englobadas bajo el título de «la falsa religión de los californianos».

Expulsión de los misioneros jesuitas

La expulsión de los jesuitas de Baja California no tiene unas motivaciones endógenas propiamente dichas, sino que debe entenderse como consecuencia de la orden de Carlos III, que mandó la marcha de los miembros de la Compañía de sus dominios, y del contexto de la política europea de finales del siglo XVIII. La orden de abandonar la península data de 1767, pero no fue ejecutada hasta febrero de 1768. Previamente, Gaspar de Portolá, a la sazón nombrado gobernador, se personó en Baja California para ejecutar la orden y hacer un inventario del estado de las misiones (F. X. Clavijero 1982: 239-240). Desde la marcha de los jesuitas hasta la incorporación de los franciscanos, a quienes se encargó proseguir la evangelización, pasaron dos meses en que los soldados quedaron al frente de las misiones, en teoría para mantenerlas hasta la llegada de los nuevos misioneros pero, según algunos autores, su gobierno causó muchos males y destrozos (L. Gómez Canedo 1982: 96).

Sea como fuese, los jesuitas y su obra en Baja California se ganaron muchos enemigos. Fueron acusados de acumular riquezas de la península y de ejercer un gobierno de forma tan particular en las tierras conquistadas. De los enemigos de los jesuitas en California destaca Joseph de Gálvez, visitador de México con grandes poderes delegados por Carlos III. Desde el mismo año de 1768 pretende reorganizar la colonia: desea la reducción inmediata de los indígenas a poblaciones permanentes; aspira a la colonización de la California del norte, misión que contaba con la colaboración expresa de los franciscanos, y para ello la península tenía que servir como apoyo de aprovisionamiento²⁸; y promueve la colonización civil. En resumen, quiere hacer entrar California en la «modernidad» y convertirla en una colonia más rentable para la corona española. Para ello realiza toda una campaña contra la obra de los jesuitas y presenta sus propuestas; como ejemplo veamos los siguientes párrafos extraídos de su propia pluma:

²⁷ Esta fiesta de redistribución está explicada con especial detalle en el «Informe» del padre F. M^a Piccolo (E. J. Burrus (ed.) 1962: 196).

²⁸ Ver también J. L. Amao 1983.